



GIACOMO CASANOVA

El seductor seducido por la palabra

La seducción es un arte, qué duda cabe. Lo sabemos los que acostumbramos a tener siempre un libro entre las manos, los que frecuentamos bibliotecas y nos dejamos llevar por los universos que las historias de otros nos descubren. La seducción no se limita al entorno de las artes amatorias, aunque el término se utilice casi siempre para apellidar donjuanes, casanovas y celestinas. Una obra literaria puede seducir y, de hecho, es el fin más inmediato de cualquier manifestación artística. Lo que resulta menos corriente es la circunstancia de que en la misma persona convivan, con una pericia similar, la habilidad para la seducción amatoria y la literaria. Muchas veces los poetas son capaces de escribir los mejores versos de amor pero, en la vida real, su magia para enamorar a una mujer es prácticamente nula, como le ocurría a Borges en su juventud. Por eso, historias como la del veneciano Giacomo Casanova (1725-1798) son más que sorprendentes.

Cuando nombramos al personaje de Casanova, enseguida pensamos en el conquistador y el mujeriego, el hombre que tuvo relaciones, según él mismo escribió, con 122 mujeres diferentes, y solo 16 de todas las que trató de doblegar, se negaron a entregarle su intimidad. Pero muy pocas personas saben que el italiano escribió cuarenta y tres obras entre novelas, poesía, memorias, cartas y libelos. Y, por si fuera poco, también fue bibliotecario: exiliado en 1783, por haber escrito una novela en la que acusaba al noble Carlo Grimani de ser hijo ilegítimo, se dedicó a viajar por Europa Central, partiendo de Viena, para ir seguidamente a Bolzano, Augsburgo, Aquisgrán, París, Dresde, Berlín, hasta recalar en Praga, donde se encontró con Mozart, que en ese momento estaba componiendo la obra *Don Giovanni*. Es probable que esa obra esté parcialmente inspirada en los romances e historias que el seductor contó al genio en esa y otras ocasiones. Después de esa nueva aventura, Giacomo conoció al conde de Waldstein y se hicieron muy amigos porque les unía su interés por la masonería. El conde le ofreció entonces el cargo de director de la biblioteca de Dux en Bohemia. El poeta Antonio Colinas, en su libro de 1975, *Sepulcro en Tarquinia*, ha inmortalizado ese momento, cuando Casanova decide aceptar el cometido:

Escuchadme, Señor, tengo los miembros tristes. Con la Revolución Francesa van muriendo mis escasos amigos. Miradme, he recorrido los países del mundo, las cárceles del mundo, los lechos, los jardines, los mares, los conventos, y he visto que no aceptan mi buena voluntad.

Fui abad entre los muros de Roma y era hermoso ser soldado en las noches ardientes de Corfú. A veces he sonado un poco el violín y vos sabéis, Señor, cómo trema Venecia con la música y arden las islas y las cúpulas.

Escuchadme, Señor, de Madrid a Moscú he viajado en vano, me persiguen los lobos del Santo Oficio, llevo un huracán de lenguas detrás de mi persona, de lenguas venenosas.

Y yo solo deseo salvar mi claridad, sonreír a la luz de cada nuevo día, mostrar mi firme horror a todo lo que muere.

Señor, aquí me quedo en vuestra biblioteca, traduzco a Homero, escribo de mis días de entonces, sueño con los serrallos azules de Estambul.

Es lógico que Casanova prefiriera los lupanares y los harenes de Estambul a las cuatro paredes de la biblioteca de Bohemia, pero los años que pasó al servicio del conde de Waldstein fueron muy fructíferos para él, porque allí escribió el libro más importante de todos cuantos diera a las prensas en su vida: las memorias, la historia de su vida. Era ya sexagenario cuando se encerró en la biblioteca y su labor allí no pasaba de controlar y ordenar todo el material, además de “estar” físicamente en ella, para que el lugar no estuviese desatendido, en una de las muchas mansiones y castillos donde el conde no podía permanecer con continuidad. Por eso se dedicó con ahínco a escribir. El narrador y periodista mexicano Juan Villoro ha descrito como nadie los últimos momentos de la vida de Casanova en Dux:

A los setenta y dos años Casanova vive en el castillo de Dux, Bohemia, en soledad punitiva. Por segunda ocasión ha sido exiliado de la Serenísima República de Venecia, carece de fortuna y amigos cercanos, y se ve obligado a aceptar el apoyo del conde Waldstein, quien le da un puesto de bibliotecario. En las escasas ocasiones en que el dueño del castillo visita sus propiedades y manda encender los candelabros para una cena, el huésped veneciano ofrece una estampa de lujosa decrepitud. Sus medias de seda con ligas de colores, sus chalecos de terciopelo, sus puños de encaje y su sombrero emplumado fueron elegantes en una época perdida: para 1797 se han vuelto vistosamente ridículos. En algún momento de la noche el conde pide a su invitado que pague su estancia narrando su lejano escape de la Cárcel de los Plomos. En un francés trabajado por italianismos, el aventurero cuenta una historia que los comensales escuchan con una mezcla de atención y piedad. Giacomo Casanova, autoproclamado Caballero de Seingalt, se ha convertido en una pieza digna de un gabinete de curiosidades, semejante al ciervo de seis cuernos, el autómatas de cuerda o la Torre de Babel esculpida en una nuez. Tolerado con fatiga por la aristocracia local y repudiado sin miramientos por una servidumbre que coloca su caricatura en el retrete y le sirve los macarrones fríos, el veneciano intenta una última fuga. Durante trece horas diarias, que se le van “como trece minutos”, escribe su vida¹.

Esos fueron los últimos momentos de su estancia en Bohemia, porque trabajó en la biblioteca desde mitad de los ochenta y murió en el noventa y ocho, con setenta y tres años, en Dux. A pesar de su necesidad de contar y la cantidad de horas que

dedicó a escribir en esos años, sus memorias están incompletas, ya que le quedaron veintisiete años de vida por contar, henchidos de aventuras amorosas y otras vicisitudes. Los primeros capítulos los escribió a finales de los ochenta, y en 1794 conoció a Charles Joseph, Príncipe de Ligne. Entre los dos surgió una estrecha amistad, y el seductor le envió al príncipe los tres primeros volúmenes de memorias. Este trató de buscar editor, pero en 1797 Casanova prefirió acudir al ministro de la corte de Sajonia, Marcolini Di Fano, para la divulgación de la obra. Sin embargo, cuando Giacomo murió, al año siguiente, todavía no había acuerdo sobre la

rios siglos después de su muerte, Casanova sigue generando leyendas y elucubraciones ya que, a todo lo que se ha especulado con los diversos sucesos de la vida real, hay que añadir ahora los dimes y diretes con respecto al precio que los franceses han pagado por los 3.700 folios del seductor. Hay quienes afirman que fueron 7 millones de euros, quienes lo niegan rotundamente y aseguran que fue una donación, y otros, más cautos, que dan una cifra cercana a los 250.000 dólares. Sea como fuere, lo que resulta indiscutible es el poder de atracción que han tenido desde su muerte el personaje y su memorias. Los

Era ya sexagenario cuando se encerró en la biblioteca y su labor allí no pasaba de controlar y ordenar todo el material, además de “estar” físicamente en ella, para que el lugar no estuviese desatendido, en una de las muchas mansiones y castillos donde el conde no podía permanecer con continuidad.

publicación. Carlo Angiolini, el marido de la sobrina de Casanova, recibió los 3.700 folios de todo lo escrito en los años de Dux, y se dedicó a buscar una salida honrosa a lo que era, sin duda, la obra maestra del veneciano, tanto por el estilo como por el contenido del manuscrito. Relataba, además de casi todos sus romances, que fue espía, poeta, violinista, militar, seminarista (y católico durante toda su vida), mago, duelista, dueño de un casino, matemático, filósofo, teólogo, traductor de Horacio y Homero, astrónomo, químico, geólogo, agente financiero, alquimista, aprendiz de médico y además



participó activamente en la creación de la lotería nacional francesa. Conoció y trató (y así se reseña en sus memorias) a los hombres más importantes de su tiempo, como Rousseau, Voltaire, Madame de Pompadour, Mozart, Catalina II de Rusia, Federico II de Prusia, el cardenal Aquaviva, dos papas de la época, el rey de Polonia Estanislao-Augusto, el español Carlos III, Campomanes o el conde de Aranda.

No extraña, por tanto, que hace solo unos meses, el 18 de febrero de 2010, la Biblioteca Nacional de Francia haya comprado el manuscrito de las memorias. Lo que resulta curioso es que, incluso va-

28 volúmenes de la magna obra que escribió en la biblioteca de Waldstein pasaron a manos de familiares que custodiaron con pudor el legado de Giacomo, nada resueltos a darlos a las editoriales por la cantidad de escándalos y confesiones atrevidas que contenían.

Sin embargo, en 1822 apareció una primera publicación en alemán, que no daba cuenta de todo el contenido y trataba de modificar e incluso mutilar los sucesos más morbosos. El éxito de las confesiones del bibliotecario de Dux fue absoluto, lo que llevó a otro editor francés a traducir a la lengua en que fueron escritas las memorias esa versión alemana, y corregir italianismos y detalles de

estilo, dejando el original casi irreconocible.

A pesar de ello, el mito se creó enseguida. Traducido a veinticuatro idiomas desde el francés corregido, y esparcido a los cuatro vientos con una difusión envidiable, las conjeturas fueron de todos los colores, desde la negación de la existencia del personaje hasta la autoría de Stendhal.

Finalmente, gracias a la evolución de la Guerra Mundial en 1944, pudo recuperarse la versión original. La sede donde se guardaban los manuscritos fue bombardeada por los aliados, y en el

traslado de Leipzig a Wiesbadem aparecieron, una por una, las hojas envejecidas, pero bien conservadas, del tesoro que se encontraba perdido. En 1960, en una coedición de una editorial alemana y otra francesa, fue publicada por fin la verdadera obra en francés, en doce volúmenes, lo que volvió a constituir un enorme fenómeno editorial, de la que han bebido las ediciones y traducciones posteriores de la obra completa o de alguna de sus partes.

En la biblioteca en la que trabajó en ese proyecto, Casanova decidió escribir una historia de su vida no tanto por una ambición literaria como por responder moralmente a la situación en la que se encontraba. Después de haber conquistado media Europa femenina con sus galanteos y la otra media masculina con su indudable simpatía, inteligencia (fue doctor en Derecho con diecisiete años), cultura e interés por la ciencia y la filosofía, perdió su empleo en 1785 con el embajador veneciano en Viena Sebastiano Foscarini.

En esa tesitura, sin lugar adonde ir y arruinado económicamente, no tuvo más remedio que aceptar el empleo que el conde de Waldstein le ofreció, para trabajar en su biblioteca, en el palacio de Dux. Las anécdotas más sobresalientes de aquella época no fueron tanto las propias de su trabajo y su relación con quienes iban a visitar o utilizar los fondos, sino más bien sus continuos desencuentros con la servidumbre. Los sirvientes del palacio se burlaban constantemente de sus ínfulas aristocráticas, bastante trasnochadas, en una época de revoluciones y de crisis de los antiguos regímenes, pero también de sus costumbres, su soledad y las enfermedades crónicas que padecía por causa de la promiscuidad de la que había hecho gala durante casi cuarenta años de su vida.

Por eso, las memorias terminaban bruscamente en los sucesos acaecidos en 1774. Es la razón por la que tenemos menos datos de primera mano acerca de sus años como bibliotecario, donde se acuerda con nostalgia de su vida llena de aventuras amorosas, viajes y amistades de alto rango, que le permitieron ser feliz durante décadas. En la biblioteca la

vida era anodina, aburrida, la salud precaria, la vejez achacosa, y el futuro incierto. Era fácil, entonces, ceder al resentimiento del que había perdido casi todo. Pero su temperamento no era derrotista. De hecho, en el prólogo a las memorias afirmaba que “la desesperación mata”, y trataba de disfrutar rememorando sus años de juventud, como un bálsamo que le hiciera olvidar o, al menos, mitigar los estragos del tiempo y la vida licenciosa. “He sido toda mi vida una víctima de mis sentidos”, decía en otra ocasión, haciendo recuento, y resumía su vida en los estados de ánimo o los rasgos de carácter que habían sobresalido en cada época, llegando en sus días de biblioteca a la nostalgia crónica: “He tenido, sucesivamente -aseguraba-, todos los temperamentos: el colérico en mi infancia, el sanguíneo en la juventud; más tarde, el bilioso, y, por fin, el melancólico, que, probablemente, no me abandonará ya”.

Pero esa resignación natural, propia del paso de los años y la pérdida de cualidades, no desvirtuó nunca su creencia en un orden, por lo que esa desazón final no llegó a la desesperanza. “Creo en la existencia de un Dios inmaterial -afirmó en sus años como bibliotecario-, autor y señor de todas las formas; y lo que me demuestra que nunca he dudado de Él es que siempre he confiado en su Providencia”.

Esa convicción no fue nunca incompatible con sus costumbres inmorales, porque la fe constituyó un auténtico bastión de su concepción del universo y de los principios que defendió, apoyado en una formación intelectual de primer orden: “La doctrina de los estoicos y de cualquier otra secta sobre la fuerza del sino -matizaba- es una quimera de la imaginación que se debe al ateísmo. Yo soy no solo monoteísta, sino cristiano fortificado por la filosofía, que siempre ha sido útil”.

Ciertamente, sus obras desmentían en cierta medida sus creencias, pero esos últimos años de su vida, encerrado en la biblioteca de Bohemia, le sirvieron para madurar y poner los asuntos importantes en el sitio que les correspondía. ■

Notas

1 Juan Villoro, De eso se trata. Ensayos literarios, Barcelona, Anagrama, 2008, pp. 63-64.

Ficha Técnica

AUTOR: Esteban, Ángel.

ILUSTRACIONES: <http://www.justa.com.mx>; <http://upload.wikimedia.org>.

TÍTULO: Giacomo Casanova, el seductor seducido por la palabra.

RESUMEN: Después de una vida de continuos viajes, diversos empleos e incontables relaciones sentimentales, el seductor Giacomo Casanova, ya sexagenario, se dedicó durante varios años a cuidar de la biblioteca que el conde de Waldstein poseía en su castillo de Dux (Bohemia). Allí Casanova no solo ejercerá como bibliotecario, sino que pasa las horas escribiendo sus memorias, que pasarán a la posteridad con sucesivas traducciones y reediciones.

MATERIAS: Casanova, Giacomo / Autores Literarios / Bibliotecarios.